

WILLIAM MORRIS

La Era del Sucedáneo

y otros textos contra la civilización moderna

Edición de OLIVIER BARANCY

Traducción de JAVIER RODRÍGUEZ HIDALGO

ÍNDICE

Prólogo a la edición francesa: la era del <i>ersatz</i>	7
Sociedad para la Protección de Monumentos Antiguos	19
Arquitectura e historia	23
La sociedad del futuro	49
<i>El año 2000</i>	67
Las artes aplicadas en la actualidad	75
¿Dónde estamos?	95
La Era del Sucedáneo	103

ANEXOS

<i>Al director de The Athenaeum</i>	121
<i>Al director de The Nineteenth Century</i>	123
<i>Al director de The Daily News</i>	124
<i>Al director de The Daily News</i>	125
<i>Al director de The Times</i>	127
<i>Al director de The Daily Chronicle</i>	129
<i>Al director de The Daily Chronicle</i>	132

PRÓLOGO A LA EDICIÓN FRANCESA: LA ERA DEL ERSATZ

WILLIAM MORRIS (1834-1896) conoció la celebridad ya joven como poeta romántico y, más tarde, como protagonista del movimiento Arts and Crafts (Artes y oficios),* cuyo programa en busca de una unidad en la concepción y la producción de los objetos cotidianos y del decorado material de la vida —hasta el espíritu de asociación que permite difundir y transmitir la experiencia en este ámbito— fue motivo de inspiración para muchas vanguardias posteriores. Por ello habría que considerarlo un artista de múltiples talentos, y él mismo se calificaba con gusto de tal modo; pero lo hacía valiéndose de una definición ruskiniana del arte, más amplia que la aceptada normalmente: «El arte es la expresión de la felicidad que obtiene el hombre de su trabajo»; un artista que rechazó los honores, hasta rehusar en 1877 la cátedra de Poesía en el Exeter College o, más tarde, a la muerte de Tennyson, el título de «poeta laureado».

Teniendo más de cuarenta años, William Morris se comprometió con los movimientos sociales que conmovían la Inglaterra de su época, lo que le privó a la vez del reconocimiento y la estima de la burguesía en que había nacido. Miembro de la Federación Democrática Socialista y fundador, más tarde, en 1884, de la Liga

* La palabra *craft* puede traducirse como «artesanía» u «oficio» pero también como «arte aplicada». (N. del T.)

Socialista, escisión de su sector más extremista, desafió en particular las prohibiciones de hablar en público y al aire libre. «He observado estos últimos años una impaciencia creciente por parte de los sectores pudientes de la sociedad cada vez que las diversiones y las costumbres de los obreros chocan con la calma de sus lujos; en otras palabras, una tendencia a imponer su pequeña tiranía en esta materia. Si pudieran, limpiarían las calles de vendedores ambulantes, organillos, manifestaciones y conferencias de cualquier tipo, para convertirlas en una especie de galerías de prisión adecentadas, llenas solo de gente que se arrastra para ir a trabajar».* Agitador infatigable, Morris conoció las detenciones y las manifestaciones violentas, como la del célebre Domingo Sanguiento, que le inspiraron esta observación: «No estoy de acuerdo con usted respecto al impacto que el asunto del lunes [la manifestación del 8 de febrero de 1886 y los disturbios que la sucedieron] tendrá sobre el movimiento. Cualquier forma de oposición a la ley y al orden que se exprese en la calle nos será útil, *si el precio que hay que pagar no es demasiado alto*».**

Paralelamente a este directísimo trabajo de propaganda oral Morris escribió unas doscientas conferencias, que pronunció a lo largo y ancho de todo el país y ante públicos diversos; cuarenta de ellas se publicaron en vida del autor y, además de dos recopilaciones que recogían doce de ellas, la mayor parte se vendía en forma de folleto a un precio simbólico. Pero, como escribió el mismo Morris en 1883 en una carta dirigida a un interlocutor de

* Citado por E. P. Thompson en *William Morris, Romantic to Revolutionary* (Nueva York, 1976), la mejor biografía de Morris, escrita por el autor de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

** Carta al reverendo John Glasse fechada el 10 de febrero de 1886, en *The Collected Lettes of William Morris* (edición de Norman Kelvin, Princeton, 1984). Subrayado de William Morris.

La Era del Sucedáneo

SOCIEDAD PARA LA PROTECCIÓN DE MONUMENTOS ANTIGUOS

[El manifiesto de la asociación, que se creó por iniciativa de William Morris, le sirve de texto de referencia todavía hoy].

UNA SOCIEDAD QUE SE presenta en público con este nombre tiene que explicar cómo y por qué propone que se protejan esos monumentos antiguos que, para la mayor parte de la gente, desde luego, parecen tener ya tantos y tan excelsos protectores. He aquí nuestra explicación.

No hay duda de que en los últimos cincuenta años ha surgido un interés renovado —casi un sexto sentido— hacia estos vestigios del arte, que se han convertido en uno de los temas de estudio más interesantes, suscitando un entusiasmo religioso, histórico y artístico que constituye una de las virtudes indiscutibles de nuestra época. Sin embargo, a nuestro juicio, si sigue tratándose estos monumentos como se hace hoy día, a nuestros descendientes les parecerán inútiles para el estudio y poco capaces de despertar mucho interés. Creemos que estos últimos cincuenta años de conocimiento y atención han hecho más por destruirlos que todos los siglos pasados de revoluciones, abandono y violencia.

Porque la arquitectura, cuyo declive fue largo, acabó extinguiéndose, por lo menos como arte popular, al mismo tiempo que nacía el conocimiento del arte medieval. Así, el mundo civilizado

del siglo XIX no dispone de un estilo propio que esté a la altura de su vasta comprensión de los estilos de otros siglos. Esta carencia y esta ventaja inspiraron a los hombres la extraña idea de la restauración de edificios antiguos; una idea extraña y desdichadísima, que sugiere ya en su mismo nombre la posibilidad de arrebatarle a un monumento esta, esa o aquella parte de su historia —esto es, de su vida—, detenerse arbitrariamente en un punto dado y dejar que siga siendo algo histórico y vivo, e incluso igual a lo que fue en su día.

Antaño, este tipo de superchería era imposible, ya que los constructores carecían de conocimiento histórico, o quizá porque el instinto les retenía. Si había que reparar algo, si la ambición o la piedad exigían un cambio, este se llevaba a cabo por fuerza según los criterios de cada época. Una iglesia del siglo XI podía ampliarse o transformarse en los siglos XII, XIII, XIV, XV, XVI o incluso XVII o XVIII; pero cada uno de estos cambios, aunque destruyera una porción de historia, la remplazaba por la suya propia, y así seguiría estando viva en el espíritu de sus aportaciones. El resultado de todo ello solía ser un edificio en que las numerosas alteraciones, pese a ser burdas y visibles, eran —por su mismo contraste— interesantes e instructivas y no podían conducir a engaño. Pero quienes aplican hoy esos cambios que se han dado en llamar restauración, al tiempo que prometen devolver un monumento en su conjunto al momento de esplendor de su historia, no tienen más guía que su propio capricho personal a la hora de decidir qué es admirable o despreciable en ellos; en tanto que la naturaleza misma de su tarea les conmina a destruir algo para rellenar el vacío que quede imaginando lo que podrían o deberían haber hecho sus creadores originales. Es más, a lo largo de este doble proceso de destrucción y adición, la superficie del monumento en su conjunto sufre una adulteración, de tal modo que desaparece todo rastro de antigüedad de sus partes más viejas, y no queda nada que pueda sugerirle

ARQUITECTURA E HISTORIA

*[Conferencia pronunciada ante la Sociedad para la
Protección de Monumentos Antiguos el primero de julio
de 1884].*

LOS MIEMBROS DE ESTA Sociedad sabemos reconocer la belleza presente en la pátina de un edificio antiguo que ha sufrido el desgaste de la intemperie y del tiempo; y todos hemos lamentado que esta pátina desapareciera por obra de un «restaurador». Pero, aunque este hecho nos conmoviera profundamente, a algunos nos cuesta explicar a los profanos todo el valor que posee esa antigüedad. No se trata solo de que sea pintoresca y bella, aunque eso sea muy importante; ni de que la obra poseyera un valor sentimental inherente desde el momento en que sus creadores dieron por terminado el trabajo, pero del que apenas son conscientes las numerosas generaciones que se han fijado en ella. Las piedras no albergan más que una parte de ese valor, como ha dicho John Ruskin con gran belleza a propósito de un edificio histórico de Francia (ahora probablemente reducido a una versión académica de su verdadero ser): a saber, que eran «las mismas piedras que los ojos de san Luis habían visto levantarse para ocupar ese lugar». Este sentimiento es de gran importancia, pero no lo es todo; no, solo es una parte de ese valor especial del que quiero hablar hoy. En pocas palabras, esa pátina sin restaurar de la arquitectura pasada es el testimonio de la evolución de las ideas humanas, de la continuidad de la historia,

y por esa razón ofrece perennemente una instrucción, o incluso una educación, a las sucesivas generaciones, no solo diciéndonos cuáles fueron las aspiraciones de los hombres que han existido, sino también qué podemos esperar del futuro.

Todos ustedes saben cómo ha cambiado el estudio de la historia durante estos últimos tiempos respecto a lo que antes atraía el interés de los eruditos. Hubo una época, no hace tanto, en que el ensayista avisado (antes que el historiador) investigaba la historia rodeado de libros cuyo valor se calculaba según las convenciones de excelencia literaria, y no por su valor a la hora de apreciar lo que ocurrió antaño. De este modo, ni siquiera los libros podían comunicar los vastos tesoros de conocimiento del pasado que contenían para quienes los abordaran con un método de investigación histórica, si bien es cierto que la mayor parte de esas obras se habían escrito con un objetivo diferente del de ofrecer simples informaciones a quienes vinieran después. En el mejor de los casos, sus autores se veían obligados a contemplar la vida con los anteojos que les imponía la moral convencional de su propia época; en el peor, no eran otra cosa que serviles aduladores a sueldo de los poderes establecidos. Sin embargo, aunque el arte de mentir siempre se ha cultivado con ahínco en todo el mundo, y sobre todo por parte de quienes viven del trabajo de los demás, se trata de un arte que pocos llegan a manejar a la perfección y, poniendo un poco de empeño, el hombre honrado es capaz de escrutar a través del velo de los sofismas para contemplar la vida auténtica que subyace en esos documentos del pasado; y las propias mentiras, que en su mayoría son burdas y sencillas, pueden disolverse y —por así decir— condensarse en una sustancia histórica, en una prueba negativa de los hechos.

Pero los historiadores académicos con que he hablado no estaban preparados para esta tarea; sufrían la lacra de una falta de honradez tan fatal como inconsciente. El mundo histórico que se

LA SOCIEDAD DEL FUTURO

[Conferencia que debía pronunciar William Morris ante la sección de la Liga Socialista de Hammersmith el 13 de noviembre de 1887, el célebre Domingo Sangriento. Tuvo que retrasarla una semana, y luego volvió a repetirla aquí y allá en otras cinco ocasiones. Se publicó en Commonweal, el semanario de la Liga Socialista].

CUANDO APELAMOS A ESOS cambios sociales que liberarían el trabajo y darían lugar a una nueva sociedad, los socialistas nos contentamos con pedir lo que creemos necesario para hacerla realidad; una realidad que, estamos convencidos, no tardará en llegar. Preferimos eso antes que elaborar intrincados planes utópicos para el futuro. Pensamos que los monopolios deben desaparecer; que aquellas personas que pueden trabajar en la producción de bienes deberían tener la oportunidad de hacerlo sin estar obligadas a entregar una gran parte de su obra al propietario de los medios productivos; confiamos en las capacidades regeneradoras de esta honradez elemental; y creemos que, una vez alcanzada esta libertad, el mundo comenzará un nuevo ciclo de progreso. Estamos dispuestos a hacer frente a cualquier engorro que pueda acompañar esta nueva etapa con ecuanimidad, pues creemos que cualquier cosa será mejor que un sistema que ha acabado por convertirse en una suma de engorros. La desaparición de las desventajas de un sistema de producción ineficaz no anulará los avances que ya se han alcanzado, sino que, por el contrario, ampliará di-

chos avances al conjunto de la población en lugar de limitarlos al disfrute de unos pocos. En resumen, en las condiciones actuales hemos llegado a la conclusión de que la tarea de los reformadores de hoy no consiste tanto en profetizar como en actuar. Nos corresponde emplear los medios que estén a nuestro alcance para remediar los males más acuciantes que nos oprimen, y dejar que las generaciones venideras se encarguen de preservar y ejercer la libertad que puedan heredar gracias a nuestros esfuerzos.

Sin embargo, tenemos una cierta idea de la dirección que seguirá la evolución del mundo en un futuro inmediato, porque nos lo enseña la historia. Sabemos que es imposible volver atrás y que los hombres desarrollarán rápidamente sus capacidades físicas y mentales en la nueva sociedad. Sabemos que los hombres serán más conscientes de las obligaciones de la sociedad que las últimas generaciones y que la necesidad de cooperar será mayor que hasta ahora; que gracias a la liberación del trabajo, la vida será relativamente más sencilla, lo que dejará a los hombres más tiempo para dedicarse al ocio o a la reflexión; que el delito será poco frecuente, ya que no existirá la misma tentación para cometerlo; y que la mayor calidad de vida y de educación tenderá a protegernos de las enfermedades del cuerpo y de la mente. Es decir, que el mundo no progresará en justicia, honradez y bondad sin un avance paralelo en las condiciones de vida material.

Y además de saber esto, sin lo cual no nos molestaríamos en armar tanto revuelo para cambiar las bases de la sociedad, no podemos por menos de conjeturar acerca de lo que no sabemos. Y estas conjeturas, estos deseos, o si se prefiere, estos sueños de lo que será el futuro atraen al socialismo a muchos hombres a los que la fría razón no les dice nada, por mucho que apele a la ciencia y la economía política o a la supervivencia del más apto. Es este estado de ánimo lo que les lleva a querer comprender las razones de sus esperanzas; y les da la valentía de esforzarse en ese apren-

EL AÑO 2000

*[Reseña de la obra El año 2000 de Edward Bellamy
(cuyo título original era Looking Backward), publicada
el 22 de junio de 1889 en Commonweal].*

OÍMOS DECIR A MENUDO que las señales del avance del socialismo en los países de habla inglesa son abundantes y sorprendentes. Eso es cierto; hace seis o siete años, la palabra «socialismo» era conocida en este país, pero pocas personas, incluso entre los miembros de las clases cultivadas, sabían algo más sobre su significado de lo que saben ahora los señores Bradlaugh o Gladstone, o el almirante Maxse:* nada. En cambio, hoy día hasta en los saraos del West End** está de moda aparentar curiosidad por la cuestión o incluso tener alguna idea al respecto, lo que muestra un amplio y profundo interés por parte del público. Este interés tal vez sea más obvio en la literatura que en cualquier otro ámbito, más allá de los panfletos de propaganda de las organizaciones que se

* Charles Bradlaugh: diputado liberal y librepensador; William Gladstone: primer ministro; Frederick Maxse: polemista radical. Los tres nombres citados por Morris evocan personalidades de ideas progresistas para la época.

** Distrito céntrico de Londres, que alberga en la actualidad la mayor parte de atracciones turísticas de la capital.

declaran socialistas. Por ejemplo, un cierto barniz de socialismo (en general muy diluido) es casi un ingrediente necesario de toda novela que pretenda ser seria y realista, mientras que cada vez es más frecuente que los autores que no se declaran socialistas aborden la cuestión con mayor rigor. En resumen, las ensoñaciones de autocomplacencia de la mejor sociedad posible retroceden ante una miseria y una ambición que crecen a ojos vista, y cualquier persona con una inteligencia por encima del nivel más bajo (a mi entender, el de los juegos de azar y la dirección del Estado) espera con anhelo los nuevos cambios, quién con alarma, quién con angustia, quién con optimismo.

Dada la recepción de que ha gozado *El año 2000* de Edward Bellamy, me parece evidente que hay muchísimas personas que aguardan el socialismo con impaciencia. Estoy convencido de que hace diez años este libro habría pasado casi desapercibido, en tanto que ya se han agotado varias ediciones en Estados Unidos, y en Inglaterra está suscitando una gran atención, y eso que no se trata en un principio de un libro interesante para quien no le interese mucho la cuestión social. Ciertamente que presenta la forma de una ficción, pero el autor declara nítidamente en su prólogo que solo le ha dado ese aspecto para dorar la píldora, y el artificio de presentar a un hombre que se despierta en un mundo nuevo se ha vuelto tan común, y se ha utilizado con mucho más arte y esmero de lo que ha hecho el señor Bellamy, que por sí solo no justifica este éxito; lo que ha concitado interés es el sesudo ensayo, no su somero envoltorio novelesco.

Por consiguiente, dado el impacto que el libro ha causado tanto entre socialistas como entre no socialistas, me parece obligado que *Commonweal* le preste atención, pues se trata de una «utopía». Profesa haber sido escrito en el año 2000 y describe la sociedad de entonces, después de una revolución pacífica y gradual que ha realizado el socialismo, lo que para nosotros no es

LAS ARTES APLICADAS EN LA ACTUALIDAD

[Conferencia pronunciada el 30 de octubre de 1889, durante el Segundo Congreso de la Asociación Nacional para la Promoción del Arte y su Aplicación en la Industria, celebrado en Edimburgo].

«ARTES APLICADAS» ES EL nombre que la sociedad ha dado a las actividades de que voy a hablar. ¿Qué entendemos por ello? Diría que lo que así se denomina son las cualidades ornamentales que los individuos otorgan a los objetos que tienen una utilidad práctica. En teoría, los adornos pueden existir sin esos objetos, y en ese caso el arte dejaría de ser «aplicado»; existiría como una especie de abstracción. Pero el hombre nunca ha renunciado, ni probablemente renunciará nunca, a ese tipo de adornos; en cualquier caso, no piensa hacerlo ahora, aunque, como veremos enseguida, encontrar una aplicación para su arte le plantea varios problemas. Vale la pena pararse a pensar acerca de por qué nunca ha renunciado el hombre a un trabajo que se suma al estrictamente necesario para procurarse manutención y cobijo y para satisfacer sus ansias de estímulo intelectual. Esta reflexión nos servirá para abordar la importante cuestión a que quiero responder una vez más: «¿Cuál es nuestra posición ante las artes aplicadas en el presente, y qué podemos esperar de ellas y para ellas en el futuro?».

Diré sin vacilar que la decoración de objetos útiles tiene una meta doble: en primer lugar, otorgar belleza al resultado del tra-

bajo humano, que de lo contrario sería feo; y, en segundo lugar, añadir placer al propio trabajo, que de lo contrario sería nocivo y desagradable. Por esa razón no debe asombrarnos que el hombre se haya esforzado siempre en adornar la obra que producen sus manos, con la que está obligado a convivir a diario; o en convertir la penuria del trabajo en un placer siempre que le fuera posible.

Respecto a la primera meta, he dicho que el producto del trabajo humano ha de ser feo si no lo decora el arte, y estoy usando la palabra «feo» en el sentido más pleno del término. Porque las obras de los hombres no pueden representar una mera negación de la belleza; cuando no son hermosas, son activamente feas, y constituyen por lo tanto una degradación de las cualidades que nos caracterizan como humanos; tan degradantes que en última instancia ni nos damos cuenta de nuestro deterioro, lo que nos prepara para dar el siguiente paso en esta cuesta abajo. Fíjense ustedes bien en el aspecto activo del insulto que supone una obra sin arte; por eso lo repetiré: si privamos de arte a los objetos útiles no tendremos unos artículos que pasen desapercibidos, sino tan nocivos como unas sábanas infectadas de viruela o de escarlatina, y cada paso que demos en nuestra vida material y en el «progreso» nos encaminará hacia la muerte intelectual de la raza humana.

Por supuesto, como comprenderán, cuando hablo de las obras humanas no olvido que algunas de las tareas más necesarias no admiten una ornamentación en el sentido que le damos aquí; pero eso solo quiere decir que la Naturaleza se ha encargado de embellecerlas en lugar del hombre, y en la mayoría de los casos el trabajo sería embellecedor en sí mismo si nuestra estupidez no lo hubiera hecho amargo y angustioso. Me refiero al balanceo de una barca sobre las olas, al arado que abre el surco para la cosecha del año que viene, al embalado de la paja en el mes de junio, a la caída de las virutas al paso del cepillo; todo ello tiene una belleza que le es propia, y sería una delicia si el hombre, incluso en estos